

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

La pedagogía de la verdad y el poder de la ilustración.

Barbieri, Julian Javier.

Cita:

Barbieri, Julian Javier (2020). *La pedagogía de la verdad y el poder de la ilustración. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/149>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/R0u>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA PEDAGOGÍA DE LA VERDAD Y EL PODER DE LA ILUSTRACIÓN

Barbieri, Julian Javier

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En esta ponencia me centraré en la concepción de uno de los pensadores más representativos del periodo, Immanuel Kant, a los efectos de analizar la relación entre Verdad y Poder que subyace en su obra “Respuesta a la pregunta que es la Ilustración”.

Palabras clave

Utopía - Distopía - Verdad - Ilustración

ABSTRACT

THE PEDAGOGY OF TRUTH AND THE POWER OF THE ENLIGHTENMENT

In this presentation I will focus on the conception of one of the most representative thinkers of the period, Immanuel Kant, for the purpose of analyzing the relationship between Truth and Power that underlies his work “Answer to the question that is the Enlightenment”.

Keywords

Utopia - Dystopia - Enlightenment - True

La Ilustración como utopía posible

El siglo XVIII será nominado filosóficamente como la era de la *Ilustración*.^[i] La misma tendrá distintas vertientes nacionales que la consumarán en sus espacios soberanos con disímiles teorizaciones y fortunas. Es posible encontrar una filosofía de la *Ilustración* como “(...) un bloque firmemente articulado”^[ii] donde se trata, en primer lugar, de la aspiración de conquistar la verdad, de iluminar la realidad y disipar las tinieblas de errores, confusiones y desaciertos heredados del pasado, fomentados por la superstición y el dogma religioso. Sin embargo, la iluminación a la que aspiraban los ilustrados no era aquella iluminación sobrenatural a la que suelen apelar las religiones reveladas. Los ilustrados consideraron que el único instrumento, el único medio necesario y suficiente para conseguir esta iluminación era la *razón*. En este sentido la palabra “*Ilustración*” refiere, en primer lugar, a una operación racional: la iluminación del entendimiento que ha de conducir a la clarificación de los propios conceptos, la superación de la ignorancia y el abandono de la superstición, el fanatismo o cualquier expresión de irracionalidad. En segundo lugar, dado que la necesidad de “*ilustrar*” o “*iluminar*” es una reacción contra un pasado oscuro y lleno de errores y confusión, el término “*Ilustración*” refiere asimismo a

una acción emancipatoria. Se trata de la aspiración compartida por todos los ilustrados de liberarse a sí mismos y a su prójimo de las trabas, obstáculos y ataduras que impedían el pleno ejercicio de la facultad racional. Razón y libertad, entendida como autonomía, son conceptos inseparables para el ideario ilustrado. En este sentido, Cassirer afirma que el principio determinante de la Ilustración reside en el hecho de ser “*la época que descubrió, la primera, la autonomía de la razón y combatió apasionadamente por ella, haciéndola valer y regir en todos los dominios del ser espiritual*”^[iii]. El elemento, pues, que permitiría caracterizar globalmente a este movimiento es una *confianza* generalizada en la capacidad racional de los seres humanos. Pero esta confianza no remite únicamente a la posibilidad de descubrir verdades y avanzar en el conocimiento. Es decir, no se trata de una confianza en la mera capacidad teórica de la razón, sino que los ilustrados estaban convencidos de que su ejercicio resultaría beneficioso para los diversos aspectos de la vida práctica de los seres humanos.

En esta ponencia me centraré en la concepción de uno de los pensadores más representativos del periodo, Immanuel Kant, a los efectos de analizar la *relación entre Verdad y Poder* que subyace en su obra “*Respuesta a la pregunta que es la Ilustración*”.

La pregunta “*¿Qué es la Ilustración?*” fue formulada por el teólogo alemán Zöllner explícitamente en una nota al pie de página a su artículo publicado en la revista *Berlinische Monatsschrift* (uno de los periódicos dedicados específicamente a difundir las ideas de los ilustrados) en diciembre de 1783. Dos filósofos alemanes respondieron inmediatamente a la pregunta formulada por Zöllner: Moses Mendelssohn^[iv] caracterizó la *Ilustración* como un conjunto de saberes teóricos que un individuo o un pueblo poseen; mientras que Immanuel Kant prefirió responderla desde el concepto de liberación; “(...) *liberación del hombre de su culpable incapacidad*”^[v]. Su inhabilidad es de índole cognitiva, ya que supone la perpetuación de un estado de pupilo que como tal lo confina a una autoridad tutora de su pensar; “*La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro*”^[vi]. Ese “*otro*”, cual *Hydra de Lerna*, posee múltiples cabezas simbólicas que desde un vociferar variopinto logran hacerlo prosternar ante sus asertos, degradando las palabras de los hombre a un simple eco de aquella sonoridad dominante.

Este gris espectáculo social tiñe el arbitrio de las personas, lo que concita en Kant una pregunta de raíz aristotélica, a saber,

cuales son las causas que permiten comprender su égida sobre la *ratio*. Negando toda causalidad de base innatista como respuesta al sortilegio, sostendrá que aquella incapacidad es de humana culpabilidad ya que “(...) *su causa no reside en su falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro*”[vii]. Pereza, cobardía, ingenuidad, superstición y docilidad conforman en el hombre una segunda naturaleza cuya esencia no es otra que la incapacidad para pensar críticamente.

Panorama lúgubre cuya superación requerirá de un bramido épico latinizado en la expresión “*Sapere aude!*”[viii]. Un año después (1785), en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, el grito proclama implícitamente, *Volere aude!* Atrévete a querer, a emplear tu razón en sentido práctico, a determinarte por la universal legalidad de tus actos, a ser persona, en definitiva, a conquistar y defender tu dignidad.

Las fibras que inflaman el ímpetu de la voluntad están en nuestro juicio, el cual enseña que se puede hacer algo porque se tiene la conciencia de que se debe hacer. La poesía que sumará exaltación estética a la moralidad kantiana encuentra en la pluma de un coetáneo su máxima expresión; “*Sobre el campo teórico no hay demasiado para descubrir, pero una frase dice: Tú puedes si tú debes!*”[ix] Por ello, el reconocimiento del deber implica la convicción del poder.

Ahora bien, la condición para que esta genuina voluntad de saber logre consagrarse se reduce a una categoría de semántica tanto moral como política; *libertad*; “(...) *es mas fácil que el publico se ilustre por sí mismo y hasta, si se le deja en libertad, casi inevitable*” [x]. Mas adelante dará mayor especificidad al concepto que esta aludiendo; “*Para esta ilustración no se requiere mas que una cosa, libertad; y la mas inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer uso publico de su razón íntegramente*”[xi]. Ser libre no supone solo una posibilidad sino también un necesario compromiso consistente en hacer de la *kritik* universal la necesaria faena de la subjetividad; “(...) *el uso público de su razón le debe estar permitido a todo el mundo y esto es lo único que puede traer ilustración a los hombres*” (...) “*Entiendo por uso público aquel que, en calidad de maestro, se puede hacer de la propia razón ante el gran público del mundo de lectores*”[xii]. Criticismo que será extendido a todos los ámbitos de la vida comunitaria, aunque será de mayor valía cuando se aboque a juzgar críticamente los actos del gobierno de turno. Claro es que dicha crítica concita el límite que le impone una segunda dimensión de la racionalidad; “(...) *su uso privado se podrá limitar a menudo ceñidamente, sin que por ello se retrase en gran medida la marcha de la ilustración*”[xiii](...) “*En este caso no cabe razonar, sino que hay que obedecer*”[xiv]. Implicancia que presupone una “*unanimidad artificial*” gracias a la cual el gobierno podrá dirigir la sociedad “*hacia fines públicos*”. De lo contrario, la anarquía socio-política sería la consecuencia lógica que traería la absolutización del “*uso público de la razón*” sin restricciones racionales.

Opinión y obediencia, crítica y observancia, soberano y súbdito conforman la estructura bicéfala del sujeto kantiano[xv] en su rol social como ciudadano. Un optimismo histórico enmarca este proyecto inter-subjetivo signado por la idea de progreso y revolución. El primero de los conceptos prescribe un hermenéutica histórica donde el múltiple acaecer es significado desde una semántica que advierte en la vida de los pueblos (occidentales) el despliegue de la libertad racional. El segundo refiere al *modus operandi* de aquella expansión, a saber, revoluciones de geografías áulicas y adminículos bibliográficos. Este idilio historicista no ha encontrado aun su realización, sin embargo, “(...) *van disminuyendo poco a poco los obstáculos a la ilustración general o superación, por los hombres, de su merecida tutela. En este aspecto nuestra época es la época de la Ilustración o la época de Federico*”[xvi]. Afamado *déspota ilustrado* que hará de su máxima gubernamental el emblema político de la Ilustración; *¡razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!*[xvii]

La Ilustración como distopia real

Las críticas a Kant y su pregonada *era de la Ilustración* serán parte de la temática que, en cierta forma, ocupará las plumas decimonónicas, como también, las de nuestra anterior centuria. Sin embargo, ante tal pletórico escenario he optado por retrotraerme a un autor que de manera vanguardista asesto sus saetas sobre el filosofo de la trilogía crítica en la misma época ilustrada; Johann Georg Hamann. Justifica tal elección el hecho de hallar, en sus cuestionamientos, elementos que me servirán de base a mi ulterior análisis sobre la *relación entre verdad y poder* en la obra de Kant.

En términos generales, la crítica de Hamann a Kant parte de una inversión de todos los postulados que sirven de asidero al pensamiento del eminente filósofo. Expresada dicotómicamente, podría enunciarse tal criticidad desde los siguientes pares de opuestos conceptuales (orden enunciativo Kant - Hamann): SABER RACIONAL VS CREENCIA IRRACIONAL; EPISTEME VS. DOXA; FUNDAMENTO A PRIORI VS. A POSTERIORI; CONCEPTO VS. SENTIDOS; CONOCIMIENTO MEDIATO VS. INMEDIATO; FUENTE COGNITIVA EN LA RAZON FENOMENICA VS. LA NATURALEZA Y LAS ESCRITURAS; IDEALISMO VS. CUASI EMPIRISMO.

El estilo de tal oposición, según se expresa en su *Carta a Christian Jacob Kraus*, no adolece de pomposidad y erudición clásica, lo cual suma pictorismo literario a su crítica, como también, necesidad de una exegesis cuidadosa. Citaré fragmentariamente de su texto e intentaré dar con su correcta interpretación.

Hamann acusa a la obra de Kant de “(...) *quilianismo platónico cosmopolita* (...)”[xviii], lo que entiendo alude a sus muy abstractas y contra-fácticas propuestas, donde el anuncio de una venidera redención humana será alcanzado mediante el advenimiento de un “Cristo” logo céntrico encarnado en una futura época ilustrada. De ahí su propositivo milenarismo, (lo difuso de su llegada hace plausible su concreción para dentro de 1000

años) y optimismo antropológico sustanciado en una legalidad cosmopolita tan abstracta como su propia metodología.

“El error básico (...) reside a mi juicio en el maldito epíteto autoculpable”. Como el mismo Platón reconoce, la incapacidad no es realmente una culpa; sólo sería culpable por la voluntad y la falta de decisión y de valor, o como consecuencia de culpas anteriores”.[xix] Hamann interpreta la incapacidad como un hecho heredado o dependiente de cuestiones supra-volitivas. En algún sentido, critica la condena kantiana a la “incapacidad” por los mismos fundamentos morales pergeñados por el filósofo de la Ilustración, dado que solo puede ser inmoral un acto cuando la acción no se corresponde con el deber ser, algo de imposible plasmación en situaciones de innata incapacidad. Claro que, defendiendo a Kant, la incapacidad a la que este refiere no es biológica sino cultural, donde uno se deja arrastrar por tutores a la pérdida de la autonomía, y en consecuencia, al heterónimo mundo de la sumisión humana al arbitrio de otro.

“¿Quién es el otro, holgazán o guía, que el autor tiene en la cabeza, pero que no tiene el coraje de nombrar? (...) La tutela culpable y no la minoría de edad”.[xx] En una interesante inversión, Hamann endilga al tutor las culpas de la minoría de edad y no al menor mismo (mentalmente hablando). Siguiendo al Victor Hugo de *los Miserables*; *“Si un alma sumida en las tinieblas comete un pecado, el culpable no es en realidad el que peca, sino el que no disipa las tinieblas”*. Son aquellos doctos tutores quienes, como “hombres de la muerte” ofician de condición de posibilidad de el estado discipular. El bramido musical en *The Wall* reclama lo que Hamann denuncia; *“Teachers leave them kids alone. Hey teacher leave us kids alone”*. La culpabilidad esta en el sistema y no en sus engranajes humanos, o en otros términos, la ceguera esta en quien enceguece y no en el enceguecido. Para nuestro caso, Kant es la cabeza que legitima el cuerpo político-represivo de Federico II con su apología a su persona y época, lo cual le granjeara tener *“(...) como fiador de su infalibilidad y ortodoxia un ejército incontable y bien disciplinado?”*[xxi] Su condición de burócrata teórico y “holgazán” a rentas del Estado prusiano hace evidente, psicoanalíticamente, la proyección de si en su traslación culposa a los otros.

“(...) la Ilustración de nuestro siglo es únicamente una aurora boreal, que no se puede profetizar apoltronado detrás de la estufa y con el gorro de dormir hasta los ojos. Todo parloteo y especulación de los eximios menores de edad, que se erigen en tutores de los que se convierten a sí mismos en tutores menores de edad pero provistos de cuchillos de caza y puñales, proyecta un rayo de luna frío e infructuoso, sin Ilustración para el perezoso entendimiento y sin calor para la voluntad temerosa”.[xxii] Más que un hecho áulico, la ilustración demanda una geografía callejera en la forma de lucha. Es decir, la liberación del hombre de su condición de minoría etérea requiere mucho más que una pulcra y lógica denuncia desde la comodidad hogareña. Reclamo que pone en evidencia el verdadero instrumento de la transformación, esto es, no un puritano pienso sino un sacrílego

existo que convierta a los otrora educandos en “*tutores menores de edad pero provistos de cuchillos de caza y puñales*”. De esta forma se logrará, cual deseo nietzscheano, que Dionisio eduque al dios Apolo a partir de la *praxis* de su autentica y violenta emancipación, es por ello que; *“Cuanto más fuertemente se lucha contra los tutores, que como máximo pueden matar el cuerpo y vaciar la bolsa, tanto más caritativos somos en favor de nuestros hermanos menores de edad y provechosos en las buenas obras de la inmortalidad”*.[xxiii]

“La distinción entre el uso público y privado de la razón es tan cómica como la de Flögel entre lo digno de risa y lo risible. Desde luego, se trata de conciliar las dos naturalezas, la del menor de edad y la del tutor, pero hacer a las dos hipócritas, contradictorias entre sí, no es ningún secreto que deba ser sólo predicado, sino que aquí reside, precisamente, el nudo de toda tarea política. ¿Para qué me sirve el traje de fiesta de la libertad, si en casa tengo que llevar el delantal de la esclavitud?”[xxiv] La Ilustración no ilumina con tibios destellos emancipadores sino con un enceguecedor resplandor, más propio de una “*aurora boreal*”, lo cual producirá una “*ciega iluminación*”. De esta manera Hamann preanuncio la critica a la razón ilustrada de decimonónica enunciación, ya que la educación racionalista para a ser el escalpelo a hundir en la trémula carne de la vida, lo vital, y en complicidad con tal decadencia humana, pasa a, con paráfrasis rouseauniana, *tejer guirnalda de flores en las cadenas de la opresión*. De esta manera se constituyen más que ciudadanos de una republica de las letras siervos de un déspota iletrado. Los dobles hechos a la razón por Kant (publica-privada) conforman la propuesta teórica de este sojuzgamiento práctico, ya que por ellos el hombre recibirá la promesa de una redención carente de cielo terrenal, dado que, con gatopardismo político, ofrenda las condiciones del cambio que permitirán o llevaran a que nada cambie. Eso si, el trajeado dominical será el de un señor, aunque el hábito semanal lo muestre siempre con su laborioso delantal; *“De ahí que el uso público de la razón y de la libertad no es otra cosa que un postre, un postre voluptuoso. El uso privado es el pan de cada día, del que hemos de prescindir para el uso público”*.[xxv] ¿Será acaso la libertad racional la formula que permite la extraña alquimia de una irracional esclavitud?...

Verdad y poder: de la utopia real a la posible distopia

¿Cómo mensurar equilibradamente la critica de Hamann a Kant para dar una respuesta al título de este último apartado? Aunando dos perspectivas, retrospectiva y prospectiva, a los fines de advertir, por un lado, lo digno de una utopia que puja por hacer real el proyecto ilustrado, mientras que, por otro lado, lo indigno de su potencial distópico. Retrospectivamente, tomando como punto temporal de retroceso el último cuarto del siglo XVIII, entiendo que las críticas de Hamann adolecen de ponderación de lo que significa para su momento histórico la *Ilustración*. Es decir, la entronización de un tipo de hombre que dejará de ser confinado a su hereditaria condición social mediante un esque-

ma estamental que hace del privilegio nobiliario su condenatoria legalidad. Sin duda es la *Ilustración* y su ideario quien lleva adelante la edificación de un mundo de derechos, que si bien son deudores de un interés burgués, sirven para integrar en el cosmos social a los eternamente desplazados de él. Por otro lado, el proceso de laicización incito en sus postulados servirá de guía antropocéntrica para una nueva *arkhé* del hombre. La asfixia religiosa y el confinamiento servil a una teología de la dominación serán superados por una moral fundada en una subjetividad autónoma, junto con una política que hace de la añoranza republicana una realidad fáctica (restauración mediante, por supuesto...). Revoluciones que enuncian derechos del hombre y emperadores embanderados del espíritu nacional, devenidos en azotes de los monarcas del pasado, son los efectos más salientes del enciclopedismo ilustrado en su uso socio-político. Todo lo cual permite afirmar un si quiero a esta voluntad formal y abstracta, sustanciada en sistemas imperativos de categórica verdad para con el pasado que interpelan y condenan.

Sin embargo, la perspectiva prospectiva obliga a la atenuación de este sumario optimismo, no solo por su tipo de racionalidad sino por los efectos antropológicos que devendrán de tal causalidad. Es acá donde el brillo de Hamann obliga al reconocimiento de su vanguardista clarividencia, como también, de su refinada sensibilidad olfativa por haber podido percibir prematuramente el hedor que emanan las tablas occidentales de la verdad ahistorica. Primeramente, el problema de la razón como un problema ideológico, es decir, como una forma de inversión de realidad, y en simultáneo, como una forma de dominación de los que proclama liberados. A su vez, la mostración y denuncia de la hipocresía que yace en la razón ilustrada, consistente en prometer trajes para encorsetar en delantales a las almas que se dejan seducir por los cantos de las sirenas de la razón en su uso público como privado.

En síntesis, el problema de la ilustración radica más en su pretensión de absolutez y vacuidad de sus propuestas humanas que en una cuestión de lógica del pensamiento, ya que aquel yerro epistémico demostrará en las dos siguientes centurias como los más bellos postulados de la *verdad* racional poseen el *poder* de conducir a la novena sinfonía de Beethoven, como también, a *Auschwitz*.

NOTAS

[i] En cuanto se la considera como una época histórica, se suele admitir que la "*era de la Ilustración*" tuvo su inicio a mediados del siglo XVII en Gran Bretaña y se extendió principalmente en Francia y en Alemania durante todo el siglo XVIII, hasta la Revolución Francesa, que representaría su culminación. Sin embargo, puede sostenerse que la Ilustración se extendió también durante las primeras décadas del siglo XIX y que floreció además en otras regiones de Europa, como España e Italia, así como en Norteamérica e incluso en el Río de la Plata. Además, se suelen enfatizar las innegables diferencias que el movimiento ilustrado asumió en los distintos lugares geográficos en los que se desarrolló, de modo que es frecuente distinguir entre el *Enlightenment* inglés, el *Sciècle des Lumières* en Francia, la *Aufklärung* en Alemania, el *Illuminismo* italiano, etcétera. El tono, la orientación y las reivindicaciones de la Ilustración variaron según las particularidades propias del contexto social, cultural, político y económico del territorio en el que se desarrolló.

[ii] Cassirer, E.; *Filosofía de la Ilustración*. Ed. FCE. México 1993. Pag. 13

[iii] Ibid. Pag. 14.

[iv] Frente a la *Ilustración* propia de un ciudadano, Mendelssohn distingue una *Ilustración universal*, que se interesa por el hombre como hombre, sin hacer distinciones entre la posición social. De esta manera, arriba a la siguiente definición: "*Según estas líneas, la Ilustración de una nación consistiría: 1) en la masa total de conocimientos, 2) cuya importancia, es decir, su relación con el destino del a) hombre y b) del ciudadano, 3) depende de su extensión por todos los niveles sociales, 4) en consonancia con las respectivas profesiones (...)*"

Mendelssohn, M.; *Über die Frage: was heisst Aufklären*. En *Berlinische Monatsschrift*, septiembre de 1784, pp. 193-200.

[v] Kant, I.; *Filosofía de la historia. ¿Que es la Ilustración?* Ed. FCE, México 1992. Pag. 25

[vi] Idem.

[vii] Idem.

[viii] "*Atrévete a saber*"*, o como lo expresa en la obra trabajada, "*ten el valor de servirte de tu propia razón*", (pag. 25) exigencia que define el espíritu emancipador.